

## OBITUARIOS

### CON VÍCTOR URQUIDI\*

---

Un sentimiento positivo nos anima el despedir los restos mortales de Víctor Urquidi. Sabemos que su memoria volverá a reunir a los aquí presentes y a muchos que ahora no nos acompañan, nos seguirá convocando por la actualidad de su obra escrita, cuya edición comenzamos a preparar hace unos días en El Colegio de México, en un esfuerzo al que se sumarán otras instituciones.

Víctor Urquidi nos reunirá en el recuerdo de su personalidad y de su actitud manifiesta en la experiencia de muchos de nosotros. El anecdotario es infinito, crece cuando se inicia la conversación de quienes tuvimos la suerte de tratarlo, saltan las muestras de la característica más acusada del hombre público: la coherencia. No admitía simulación, no concedía, tratándose de lo propuesto como fin, éste tenía que corresponder a la aplicación de los medios, sabía

\* Al despedir sus cenizas en el Panteón Británico. Tacuba, México, D. F., 25 de agosto de 2004.

que lo sacrificado en vistas a un acuerdo, a una ventaja inmediata, era pérdida irreparable.

¿Cómo explicarnos el éxito de una carrera profesional en ascenso y renovación a lo largo de más de 65 años, buena parte de la cual transcurrió en las oficinas de toma de decisiones, en lugares donde, sabemos, toda transacción y todo arreglo acomodaticio tienen su asiento? Bueno, por la evidencia misma de su trabajo, por su empeño en mostrar los problemas y no dar reposo en su atención. A la postre, el testimonio aplastante de la inteligencia abierta, el señalamiento de imprevisiones graves y la disposición de medios posibles para atender la problemática se impondrían sobre lo que parecía camino o situación favorable para la conquista de un cargo público. A muchos sorprendió constatar que no era la notoriedad y el acomodo lo que perseguía Víctor Urquidí.

El afán de Víctor Urquidí fue la construcción de visiones lúcidas de la realidad para afrontar medios consecuentes a la solución de los problemas, poniéndolos directamente cuando eran de su competencia. Ahí está la obra escrita del economista que incursionó en el pensamiento económico, en las finanzas, la política fiscal, el desarrollo y la integración regional de América Latina, las relaciones internacionales, población, educación, ciencia y tecnología, problemas ambientales y desarrollo sustentable, temas tratados con pertinencia, con plena conciencia de posibilidades y límites de su aportación (más de 400 artículos y ensayos, doce libros como autor, compilador, co-compilador y coordinador, según se observa en líneas resumidísimas y desangeladas, propias de una hoja dispuesta para satisfacer actos de presentación). Tuvo siempre la percepción de hasta dónde llegaba su com-

petencia, hasta dónde y cómo se exigía; el hasta era un todo lo que podía dar, el cómo, la forma en que era posible ver con objetividad y construir con firmeza, convocando a los conocedores de los campos que no eran de su competencia.

Como economista le debemos reflexiones y las propuestas prácticas, desde las macroeconómicas e interregionales, hasta las concretísimas y locales, como el presupuesto de El Colegio de México, entidad pública articulada, gracias a su esfuerzo, a la Secretaría de Educación Pública, paso que dio entre 1964-1966, cuando lo presidía don Silvio Zavala, y que afirmó y acrecentó en los años que siguieron hasta 1985, como presidente de la institución.

Su gestión se recuerda como grande en esta casa de estudios. La era de las ciencias sociales que se suman a las humanidades y en la que se integran programas de demografía y de estudios del cercano y lejano oriente y que luego se convirtieron en Centros de estudios al lado de los ya existentes (historia, lingüística y literatura, entonces como estudios filosóficos, internacionales, economía y sociología). El impulso a la biblioteca, la creación y desarrollo de la Unidad de Cómputo, todo eso se concreta, reconociendo la etapa de la fundación y el primer despegue de las ciencias sociales debido a Daniel Cosío Villegas, como obra de la gestión de Víctor Urquidi que lleva, además, a la creación de otros colegios y centros de estudio en diferentes partes del país.

La coherencia alumbró esa obra y orienta el concepto que Víctor Urquidi tuvo de sí mismo. No está por demás referir que dos veces tratamos de postularlo para el Premio Nacional y una para un premio internacional de demografía. Nuestro argumento era claro: sus aportaciones sustan-

ciales, su colaboración, sus obras importantes y, sobre todo, el impulso que desde diversas perspectivas y como directivo académico dio a los estudios de la población y a la política demográfica. Fue en vano, su respuesta fue la misma: “No soy demógrafo, no he hecho aportaciones sustanciales a la disciplina, como sí lo han hecho...” (y aquí los nombres de Gustavo Cabrera, Raúl Benítez, tratándose del Premio Nacional, Carmen Miró, por lo que hace al internacional).

Así era el profesor emérito Víctor L. Urquidi, colega ejemplar. Lo digo ahora como Presidente de El Colegio de México, pues cada experiencia —ésta a veces difícil y trabajosa— alumbra perfiles. Fue Víctor Urquidi el de siempre, afanoso investigador que no cesó en el trabajo, exigiéndose cada vez más y más intensamente en los últimos meses, al hacerse cargo de los límites que le imponía la gravedad de su enfermedad. Pero fue, además —lo sabemos también, pero se me hizo más palpable en la presidencia de El Colegio— cumplidísimo colega. Con tiempo suficiente informaba de sus tareas, anunciaba los viajes, enviaba puntualmente informes semestrales de labores, hacía llegar a la oficina de la presidencia sus trabajos, cuando los consideraba importantes en el marco de las actividades que el presidente debería aplicar y hacer visibles en diversos escenarios como tareas propias de la institución o pertinentes a la participación de ésta en diversas redes y colaboraciones; también tenía el cuidado de hacer llegar trabajos, publicaciones e información de diversa índole, consecuente con esos propósitos; generoso con su tiempo cuando le requerí para cuestiones y orientación en problemas, jamás presionó —y estaba en derecho y posibilidad de hacerlo—

en favor o contra nadie, y me consta, pues a la postre, tarde o temprano se saben las cosas, que más de una persona pidió su intervención para tal o cual objeto particular — algunos de éstos muy legítimos, otros no tanto, quizá.

Hombre público, Víctor Urquidi. Sí, pero de un carácter público contenido y ajustado por una dimensión personal implacable, preocupada y gozosa de la posibilidad abierta al trabajo y de las posibilidades abiertas por el trabajo, consciente y respetuosa de sus límites, dispuesta al relevo y a la concurrencia.

Son cualidades del hombre privado que se manifestaron en la personalidad del hombre público, cuyo recuerdo nos seguirá convocando a los quehaceres en los que debemos dar lo más y lo mejor de cada uno de nosotros.

Andrés Lira

*El Colegio de México*